

Encontrarse con la Palabra de Dios, encontrarse con Cristo. Presentación de la *Verbum Domini*

Francisco Ramírez Fueyo *

fe-teología

Introducción

El 11 de noviembre de 2010 se presentó la exhortación apostólica postsinodal del Papa Benedicto XVI, *Verbum Domini*, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. Se trata del documento que recoge los frutos del Sínodo de los obispos celebrado en Roma del 5 al 26 de octubre de 2008. El documento lleva fecha del 30 de septiembre, memoria de San Jerónimo. No es casual que el primer volumen de Benedicto XVI sobre Jesús de Nazaret fuera firmado el mismo día del año 2006. La convocatoria, el transcurso del Sínodo

Los cristianos vivimos de la Palabra de Dios. La misión de la Iglesia será tanto más fecunda para el mundo y para el hombre de hoy en día cuanto más enraizada esté en esa misma Palabra. En este artículo se hace una aproximación a la lectura de la exhortación apostólica «Verbum Domini» (11-11-2010)

* Profesor Propio Adjunto de la Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

Francisco Ramírez Fueyo

(con la inusual intervención personal del Pontífice el catorce de octubre) y la conclusión que esta Exhortación supone, responde en buena medida a las inquietudes y deseos del Papa actual.

Como indica su calificativo «exhortación», se trata de un documento ante todo pastoral, que se enmarca dentro del llamado «Magisterio ordinario auténtico», género empleado habitualmente para difundir las enseñanzas de otros sínodos¹. Para el tema que nos interesa, este documento tiene un rango magisterial inferior, y por tanto supeditado, a otros documentos que han tratado la cuestión bíblica, como la encíclica *Divino Afflante Spiritu* de Pío XII de 1943 (en adelante DAS) o la Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina revelación, del 18 de noviembre de 1965 (en adelante DV).

Otros documentos recientes y muy relevantes para el estudio de la Biblia son de rango inferior a esta exhortación postsinodal: *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (15 de abril de 1993) (en adelante

¹ Cf. S. MADRIGAL TERRAZAS, *La realidad eclesial del «magisterio»: autoridad y verdad a prueba*: Sal Terrae 97 (2009) 781-796, esp. 794-795, quien sigue la clasificación de S. PIÉ-NINOT, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*, Salamanca, 2007, 506-509.

IBI), *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana* (24 de mayo de 2001) y *Biblia y moral. Raíces bíblicas del comportamiento cristiano* (11 de mayo de 2008).

¿Cuál es el objetivo de esta Exhortación Pastoral? Fundamentalmente, como se expresa en la Introducción, que:

«Los resultados del Sínodo influyen eficazmente en la vida de la Iglesia, en la relación personal con las Sagradas Escrituras, en su interpretación en la liturgia y en la catequesis, así como en la investigación científica, para que la Biblia no quede como una Palabra del pasado, sino como algo vivo y actual» (VD 5).

Ese mismo fue el deseo y las intenciones del Sínodo, siguiendo la senda marcada la *Dei Verbum* (24):

«El estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología. También el ministerio de la palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana, en que es preciso que ocupe un lugar importante la homilía litúrgica, se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura».

Ya el cardenal Martini había propuesto, en un artículo publicado en *The London Tablet*, 10 de julio de 1993, la necesidad de un Sínodo para evaluar cómo la Iglesia había

respondido a la renovación bíblica pedida por el Concilio. Esto podría formularse con diversas preguntas: ¿En la vida de los católicos, ocupa la lectura, estudio y oración desde la Escritura el lugar central que le corresponde? ¿Leemos la Biblia en las familias cristianas? ¿Se estudia y se predica adecuadamente en nuestras Iglesias? ¿Tiene la Palabra de Dios una presencia destacada en la vida litúrgica, los sacramentos, la piedad? Durante el Sínodo se presentó una encuesta realizada por la Federación Bíblica Católica en doce países, como Estados Unidos, Reino Unido, Rusia, Italia, Argentina, Filipinas, Francia y España. Los niveles más bajos de lectura bíblica correspondían a estos dos últimos: en ellos, sólo un 20% declaraban haber leído en el último año al menos un pasaje de la Biblia (en EE UU sube al 75%). España, junto con Rusia, eran los países donde la Biblia era peor conocida: para la mayor parte de los cristianos su único contacto con ella es en la homilía dominical, de la que, por otro lado, la encuesta ofrecía un grado de satisfacción más bien bajo.

La situación no es muy difícil de ver, otra cosa es diagnosticar las causas de por qué la Escritura sigue siendo algo desconocido o con poca relevancia para muchos cristianos. Para Benedicto XVI, una de ellas, y no la menos importante,

está en lo que podemos llamar la cuestión hermenéutica: qué es la Escritura, dónde se halla su fuerza sanante, vivificante, iluminadora, aquella «verdad [...] para nuestra salvación» de la DV 11; y cómo interpretamos la Escritura los exegetas y los teólogos². Dicho de un modo sencillo, se reprocha a los estudiosos de la Biblia haberse detenido en los aspectos históricos, en el pasado del texto bíblico, descuidando aquello que dice San Pablo en 1Cor 9,10 «por nosotros precisamente se escribió», «para ejemplo nuestro» (1Cor 10,6), o el autor de 2Tim «toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena» (2 Tm 3,16-17)».

Esta cuestión tiene múltiples caras: una mira a la relación entre la exégesis y la teología, es decir, hasta qué punto la exégesis ofrece material teológico que la teología pueda

² J. RATZINGER, *La interpretación bíblica en conflicto. Sobre el problema de los fundamentos y la orientación de la exégesis hoy*, en *IBID.* (y otros), *Escritura e interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica*, Madrid, 2003, 19-54. Lo cita en el n. 19 la instrucción de la Conferencia Episcopal Española *Teología y secularización en España a los cuarenta años de la clausura del Concilio Vaticano II*, de marzo de 2006.

sistematizar. Otra mira a la difusión bíblica: en qué medida los modos y los resultados de la exégesis edifican a la comunidad creyente. Otra cara es el valor del sentido llamado «literal» al que se dedican los exegetas creyentes: si una vez hallado éste concluye el trabajo exegético; y su relación con el sentido llamado «sentido espiritual»: el valor de un texto una vez desaparecido su autor, inserto en el marco más amplio que es el canon de las Escrituras, leído y reinterpretado a la luz de la Revelación cristiana, usado en la Tradición de la Iglesia. Todavía otra faceta sería el valor de una exégesis explícitamente no creyente, o de otras religiones. Todas estas cuestiones tienen su lugar propio en la reflexión teológica y en el debate académico, y no saldrían de allí si no fuera porque Benedicto XVI ve una relación directa entre ellas y la falta de vigor bíblico entre los cristianos.

Al final de este artículo volveremos sobre alguna de estas cuestiones³. Quisiera ahora presentar la

³ Cf. G. URIBARRI, *Exégesis científica y teología dogmática. Materiales para un diálogo*: Estudios Bíblicos 64 (2006) 547-578; *IBID.*, *Para una nueva racionalidad de la exégesis. Diagnóstico y propuesta*: Estudios Bíblicos 65 (2007) 253-306; *IBID.*, *Para una interpretación teológica de la Escritura. La contribución de J. Ratzinger - Benedicto XVI*, en S. MADRIGAL (ed.), *El pensamiento de J. Rat-*

estructura del *Verbum Domini* y cuáles son sus contenidos y propuestas fundamentales.

Resumen y disposición de la Exhortación

Tras una introducción, VD se presenta dividida en tres partes. La primera es la más teológica. En

zinger. *Teólogo y Papa*, U.P. Comillas - San Pablo, Madrid, 2009, 25-65; *IBID.*, *Exégesis y teología según el Sínodo sobre la Palabra de Dios*: Estudios Eclesiásticos 84 (2009) 41-93; C. GIL ARBIOL, *La Biblia y el mundo del siglo XXI*: Iglesia Viva 236 (2009) 9-22; R. AGUIRRE MONASTERIO, *Reflexiones sobre exégesis crítica, hermenéutica y teología*: Iglesia Viva 236 (2009) 23-54; J. CERVANTES GABARRÓN, *La Palabra de Dios, inspiradora de la vida de la Iglesia*: Iglesia Viva 236 (2009) 55-68; F. RAMÍREZ FUEYO, *¿Cómo interpretar el texto bíblico? Viejos y nuevos itinerarios para una exégesis actual y actualizada*: Estudios Eclesiásticos 325 (2008) 329-370; *IBID.*, *La palabra de Dios en la Iglesia Católica*: Pastoral Ecueménica 74 (2008) 175-193; S. PIÉ-NINOT, *De la Dei Verbum al Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios del 2008*: Estudios Eclesiásticos 325 (2008) 223-237; J. M. DÍAZ RODELAS, *Dios nos habla: lugares de encuentro con su palabra*: Estudios Eclesiásticos 325 (2008) 371-393; V. VIDE RODRÍGUEZ, *La verdad contenida en la Biblia: en qué consiste y en qué estratos del lenguaje se encuentra*: Estudios Eclesiásticos 325 (2008) 305-328; G. ARANDA PÉREZ, *Inspiración: autor, libro, lector-oyente como inspirados. Implicaciones teológicas*: Estudios Eclesiásticos 325 (2008) 271-304.

ella se recuerda que la expresión «Palabra de Dios» tiene diversos significados; el principal, para los cristianos, es como referencia a Jesucristo, la Palabra o *Logos* encarnado, en quien Dios nos ha hablado de modo definitivo.

La palabra «diálogo» es una de las más relevantes de la Exhortación: con ella se abre esta parte: «La novedad de la revelación bíblica consiste en que Dios se da a conocer en el diálogo que desea tener con nosotros» (§6). Puede decirse que esta forma de entender la Revelación informa toda la obra: Dios es Palabra que busca quien la escuche, la reciba, la «digiera», se deje alimentar y transformar por ella, y la comunique a otros. El pecado será precisamente la falta de escucha a la Palabra (§26). Dios nos habla en la Creación, en el cosmos, puesto que el creador ha dejado ahí su huella (§8); nos habla en cada ser humano, creado a su imagen (§9); y nos habla de modo pleno en Jesucristo. Por ello, recordando su encíclica *Deus Caritas est* 1: «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona» (§11).

No hay contradicción entre lo que el cosmos, el ser humano, y Cristo proclaman, puesto que todo lleva en sus entrañas el *Logos* divino.

Por ello se repite en la Exhortación la palabra «sinfonía» (§7.13): todos los instrumentos, cada uno con su timbre, su tonalidad, su partitura, colaboran en una única composición, responden a la obra de un mismo autor, obedecen al mismo director⁴. El gusto del actual Pontífice por la música se nota aquí y en otros pasajes, como cuando se refiere a Cristo como el «solo» musical que da sentido a toda la ópera (§13).

La Iglesia recibió del mismo Cristo el encargo de anunciar su salvación, dando origen así a la «Tradición viva» (§17), que dio lugar a la Escritura. La Iglesia como memoria viva de Jesucristo o Tradición se remite y crece constantemente en la comprensión y vivencia de la

⁴ En VD se cita el documento preparatorio del Sínodo *Instrumentum Laboris* 9, donde se hablaba de la Palabra de Dios «como un canto a varias voces». Sorprende que no se acompañen estas referencias con alguna cita de autoridad como la de San Buenaventura (autor por otra parte citado hasta en tres ocasiones en VD): «la Escritura es como un arpa, la cuerda más grave no da un sonido armonioso sino es con las otras; del mismo modo, cada versículo de la Escritura está en dependencia de otro...» (In Hexaemeron, 19, 7). Un libro muy recomendable y que quizás tiene su eco en la VD es el de F. MANNS, *La symphonie de la Parole*, Éditions du Serviteur, Chiry-Ourscamp, 1998.

Escritura, la cual, a su vez halla en la Iglesia su «lugar originario de interpretación» (§29).

Con esta última afirmación se abre todavía en la primera parte un gran apartado dedicado a la hermenéutica de la Sagrada Escritura. Desde el punto de vista de la interpretación bíblica, es, sin duda, una de las afirmaciones más importantes, sin la cual no se comprende buena parte de la *Verbum Domini*. Puesto que la Escritura es una plasmación de la fe de la Iglesia, y fue redactada, compilada, seleccionada, canonizada, con la asistencia especial del Espíritu Santo, para conservar y alimentar dicha fe, sólo llega a comprenderla plenamente quien la recibe desde la fe y quien se deja transformar por ella. Al mismo tiempo, el crecimiento en la fe lleva a una mejor comprensión de la Palabra. Los exegetas de la Escritura deberán leerla desde la fe eclesial que está en la base de la misma, teniendo en cuenta la Tradición, de la cual es guía el Magisterio. La Escritura sólo alcanza su objetivo, sólo se es plenamente «lector» de ella, cuando, volviendo a la cita de la *Dei Verbum*, nos salva. Sólo con la ayuda del Espíritu Santo llegamos a una interpretación «auténtica» de las Escrituras (§29). Con otra metáfora musical: hay que situarse en la misma «tonalidad»

con que suena la Biblia para comprenderla, y la lectura católica deberá concordar siempre «armónicamente» con la fe de la Iglesia católica (§30). No significa que la exégesis sea mera repetición de lo consabido, sino que sus resultados dialoguen y sean integrables en una Iglesia necesitada de la Escritura para conocer y seguir más fielmente al Señor. Estamos ante imágenes musicales que recuerdan a las grandes sinfonías de Brahms o Beethoven, no ante las composiciones con disonancias o dodecafónicas de épocas posteriores.

La meta de la exégesis es aclarar «el significado del texto bíblico como Palabra *actual* de Dios» (§33). Sólo quien vive la Escritura la puede entender (§47), y por ello la vida de los santos es la mejor exégesis que se ha hecho de ella (§48). Este epígrafe es de notable belleza y muestra bien el gran aprecio que este Pontífice tiene por la vida consagrada.

La Exhortación emplea diversos términos para expresar esta lectura creyente de la Escritura. En ocasiones se habla de «exégesis teológica» como complemento al nivel metodológico «histórico crítico» (§34). En el nivel teológico, teniendo siempre en cuenta el histórico-crítico, se contempla el texto en el conjunto de la Escritura y en su re-

lación con la Tradición eclesial, es decir, los tres aspectos que pedía DV 12: «atender [...] al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe».

En otros momentos se prefiere la expresión «sentido espiritual» en relación con el «sentido literal» (§33). Dos epígrafes (§37-38) desarrollan y explican este concepto de «sentido espiritual», en referencia constante a la tradición patristica, subdividiéndolo a su vez en los tres sentidos clásicos: alegórico (los contenidos de la fe), moral (lo que hay que hacer), y anagógico (hacia dónde vamos, la tensión escatológica). La exégesis católica no deberá conformarse con explicar un texto en sí mismo: deberá mostrar su relación con las verdades de fe; vincularlo e iluminar con él las cuestiones morales que hoy nos preocupan; situarlo en una Iglesia y un mundo que caminan hacia la salvación definitiva. Es preciso «trascender la letra» (§38). La VD otorga una importancia extraordinaria a la unidad de la Escritura, y a la necesidad de interpretar todo texto particular en su relación con el conjunto de la Escritura. Se afirma que esta forma de lectura es lo que hoy se conoce como «exégesis canónica» (§34).

Dos epígrafes muy bellos (§40-41) se dedican a las modalidades de relación entre Antiguo y Nuevo Testamento: continuidad; ruptura y cumplimiento-superación. La lectura católica de la Escritura se sitúa en un equilibrio entre una lectura fundamentalista, mística o literalista, que es claramente rechazada (§44), así como una interpretación de la inspiración del texto bíblico «como si hubiera sido dictado palabra por palabra por el Espíritu», y una meramente científica, que no tiene en cuenta la fe, que es insuficiente y es calificada como «preliminar» y «estructuralmente incompleta» (§30), cuando no dañina para la vida de la Iglesia en la medida que, al negar toda posibilidad de «entrada y presencia de Dios en la historia», debe negar la historicidad de los «misterios fundamentales del cristianismo» (§35).

La segunda parte, algo más breve, destaca la presencia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Esta parte anima a la presencia y el cuidado de la Escritura en todos los ámbitos eclesiales: en los sacramentos, con especial atención a la Eucaristía, recuperando el principio de san Jerónimo de la «sacramentalidad de la Palabra» (§56), para quien las palabras de san Juan («quien no come mi carne y bebe mi sangre») se refieren también a la

palabra de la Escritura. En este marco eucarístico, se exhorta a cuidar los símbolos, los lugares donde se muestran los leccionarios, el modo de proclamar las lecturas⁵, el silencio para prepararse a la escucha y para profundizar en lo oído, el canto bíblicamente inspirado, la preocupación por la homilía como «actualización del mensaje bíblico» (§59). La liturgia de las horas y las celebraciones de la Palabra se proponen como dos caminos que pueden ofrecerse a todo el pueblo cris-

⁵ Durante la celebración del Sínodo, se difundió en los medios que éste había por fin admitido a las mujeres al ministerio del lectorado. En realidad, lo que el Sínodo hizo (*Instrumentum Laboris* 50) fue hacer explícito lo que estaba implícito en el Derecho Canónico (CIC 230§2) de que «por encargo temporal, los laicos [aquí no se hace distinción entre varones y mujeres] pueden desempeñar la función de lector en las ceremonias litúrgicas». La mención de las mujeres como lectoras en ausencia de un varón que haya recibido el ministerio laical de lector se recoge de un modo aún más natural en VD §58: «en la tradición latina [...], la primera y la segunda lectura las proclama el lector encargado, *hombre o mujer*», y se insiste en que estos lectores, aunque no hayan sido instituidos como ministros, «sean realmente idóneos y estén seriamente preparados». Se puede hablar, pues, de un reconocimiento mayor de la labor que las mujeres realizan de hecho como lectoras (y otras tareas litúrgicas) en las iglesias, y se invita a prepararlas adecuadamente.

tiano de meditación y profundización en la Escritura. Fuera del ámbito litúrgico, anima la VD a la lectura orante y fiel de la Biblia, a su uso en la pastoral, en la catequesis, en el apostolado bíblico, de modo que se remedie el vacío pastoral que facilita la entrada de sectas y la ignorancia bíblica frecuente entre los cristianos, citando a San Jerónimo: «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (§73).

Tras resaltar la importancia de la meditación de la Escritura, recorriendo los diversos estados de vida en la Iglesia, se propone y describe el método de la «lectio divina» (§86-87) como un método que es, citando el Mensaje final del Sínodo, «verdaderamente capaz de abrir al fiel no solo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente». Orar con la Escritura es, decía San Ambrosio, volver a «pasear con Dios en el Paraíso» (§87).

La tercera parte, la más breve, subraya la importancia de la Escritura en la misión de la Iglesia, comenzando con el testimonio de la propia vida y el anuncio explícito de Cristo, la Palabra de Dios, estando dispuestos incluso al martirio. La misión incluye el compromiso por la justicia, la defensa de los derechos humanos, la lucha por la paz y la reconciliación, la cari-

dad efectiva, la atención a los que sufren, a los emigrantes y los pobres, teniendo en cuenta que ellos son o pueden ser «agentes de evangelización» (§107). Se destaca también cómo desde la Escritura y la Tradición surge un nuevo modo de contemplar la creación y una ecología auténtica (§108).

Varios epígrafes (§110-116) destacan la realidad de la Biblia como un «gran código»⁶ que ha informado (aportando imágenes, valores, símbolos, narraciones, lenguaje, etc.) buena parte de las culturas, y que, empleando los medios modernos de comunicación, debe seguir plantando y haciendo crecer, desde dentro, en todas las culturas, el Evangelio; al tiempo que las transforma, huyendo de fáciles sincretismos o acomodaciones superficiales. Son necesarias las traducciones a aquellas lenguas en las que aún no se puede leer la Biblia, al tiempo que se invita a que, en lo posible, se hagan estas en colaboración con cristianos de otras confesiones. Si antes (§43) se había destacado cómo la Biblia es nuestro libro común con el judaísmo, se recuerda al final el valor de la Escritura como lugar de encuentro y diálogo con otras religiones: islam, budismo, hinduismo, confucianismo (§117-120).

⁶ Cf. N. FREY, *El gran código*, Barcelona, 1988.

Algunos aspectos destacados

Señalaré en este apartado algunos de los aspectos que me han llamado la atención y me resultan especialmente sugerentes.

En primer lugar, la VD está muy bien escrita y coherentemente estructurada. Es un documento más bien largo, que intenta ordenar y hacer una síntesis del gran número de cuestiones tratadas en el Sínodo. A pesar de ello, su lectura es agradable y sugerente. Contribuye a ello no poco el gran número de ricas citas patrísticas empleadas, hasta el punto de que esta Exhortación puede bien tenerse como un pequeño florilegio de textos de los Padres y otros grandes teólogos sobre la Escritura. Se percibe con claridad la presencia del teólogo Ratzinger y de otros expertos que intervinieron durante el Sínodo, especialmente la del que fue relator general del Sínodo, el Cardenal de Québec Marc Ouellet, y del conocido biblista mons. Gianfranco Ravasi, presidente del Pontificio Consejo de la Cultura, uno de los integrantes de la comisión redactora del mensaje final del Sínodo. Ambos intervinieron en la presentación en Roma de la VD. Los escritos de otros teólogos se dejan sentir, especialmente los de Hans Urs von Balthasar, sobre la necesidad de la fe y la santidad para comprender las Escrituras adecua-

damente. La Exhortación, sin embargo, no cita explícitamente a ningún teólogo moderno o contemporáneo, hecha excepción del libro sobre Jesús de Nazaret del mismo J. Ratzinger, escrito, como se dice en su prólogo, no como una «acto magisterial», sino como expresión de una «búsqueda personal».

Los deseos del Sínodo, reflejados en este documento final, no pueden ser más encomiables y alentadores, y la VD abre o propone caminos concretos para lograr que Jesucristo, la Palabra de Dios encarnada, se abra camino en el corazón de los hombres y de las comunidades a través del recurso a la Escritura. Desde los primeros pasos del cristiano en la catequesis, la vida litúrgica y sacramental, la experiencia familiar y comunitaria, el encuentro transformador y vocacional con la persona de Jesús, hasta todas las dimensiones de la evangelización, se nos invita a otorgar a la Escritura un lugar preeminente. Corresponde ahora a cada creyente y a cada iglesia local mirarse en la VD como en un espejo para descubrir qué aspectos concretos puede cuidar mejor. Uno de ellos es la preparación de la homilía y la predicación: «Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inúti-

les divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico» (§59).

El documento, fiel a su orientación pastoral, se muestra humilde en el plano dogmático. Sigue fielmente al Concilio cuando reinterpreta la «inerrancia» bíblica, cuestión muy debatida durante siglos, en la nueva clave conciliar de la «fidelidad» y la «verdad» para nuestra salvación. De hecho, en la VD no se emplea este concepto de «error» más que en la cita de DV 11 (VD §19), y sí se emplea profusamente el concepto de «verdad» asociado frecuentemente a la salvación⁷, hasta el punto que, en definitiva, Cristo mismo es esa Verdad, con mayúscula, de la que nos hablan fielmente las Escrituras (§85.90.98). En el servicio a los que sufren, los cristianos, como la Escritura, muestran «el verdadero rostro de Dios y su amor», endiádis que equivale a decir que la verdad de la fe y de la Escritura reside en su fuerza para transmitir a un Dios que es amor. Recomendando, por ejemplo, la lectura de §103, donde se glosa de modo muy inspirado el encomio de la caridad de San Pablo (1Cor 13).

Esta humildad propia de la auténtica caridad se muestra también

⁷ §19.25.27.30.32.36.38.44.46.48.92.95.98.

cuando la VD reconoce, por ejemplo, la necesidad de entender mejor la relación entre la «inspiración» y la «verdad» de la Escritura: cómo entender, por ejemplo, esas «páginas oscuras» de que se habla en §42, a las que, no obstante, hemos de acudir para interpretarlas correctamente: «La revelación se acomoda al nivel cultural y moral de épocas lejanas y, por tanto, narra hechos y costumbres como, por ejemplo, artimañas fraudulentas, actos de violencia, exterminio de poblaciones, sin denunciar explícitamente su inmoralidad; esto se explica por el contexto histórico, aunque pueda sorprender al lector moderno [...]». Ruega a los teólogos y exegetas que profundicen en estas cuestiones (§19).

Es destacable también la importancia del estudio y oración con la Escritura dentro del camino ecuménico (§46), así como el gran aprecio que la VD expresa (y sin duda es algo muy querido por Benedicto XVI) por la rica iconografía (§112), liturgia y oración (§88) de las iglesias orientales. Se expresa una gran cercanía al pueblo judío y a Tierra Santa (§40: «afirmamos que Jesús de Nazaret fue un judío y la Tierra Santa es la tierra madre de la Iglesia»), así como por el diálogo con el judaísmo (§43), y el aprecio por su interpretación bíblica: «los Padres sinoda-

les han afirmado que la comprensión judía de la Biblia puede ayudar al conocimiento y al estudio de las Escrituras por los cristianos» (§41). Sin embargo, aunque se recuerda la presencia de un rabino en el Sínodo (§4), no se halla en la VD ninguna cita rabínica explícita, aunque sí alguna referencia a conceptos claves de la teología judía como la *Shekiná* o presencia de Dios con su pueblo (§50).

Quiero señalar también el tono mariano de la Exhortación. María concibió a Jesús por obra del Espíritu Santo (§15.19), sobre ella descende el mismo Espíritu en Pentecostés (§15). María, con su acogida, fe, silencio (§66) y disponibilidad total a la Palabra de Dios, se nos ofrece así como icono de una correcta lectura bíblica (§27.28.29.78), hasta el punto que ella, la que se dejó plasmar, modelar por la Palabra, se expresa con las palabras de la Escritura cuando entona su *Magnificat*: «Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios; la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios» (§28). La devoción a la Madre de Dios y las plegarias marianas contribuyen a esa afinidad necesaria para leer e interpretar la Escritura (§88).

Mirando al futuro. Cuestiones abiertas

Desde una actitud eclesial de recepción agradecida por la Exhortación papal, quisiera dialogar con la VD empleando también una mirada reflexiva. Lo haré brevemente, pues no hay lugar en este momento para extenderse como la VD, un texto profundo y complejo, sin duda merece. Me fijaré ante todo en aspectos hermenéuticos.

Una primera observación toca a la expresión método «histórico-crítico», que en opinión de muchos, entre los que me encuentro, no es del todo adecuada para lo que hoy se realiza en el mundo académico. Quizás sería mejor hablar de métodos simplemente «críticos», en el sentido de que se usa todo tipo de disciplinas ordenadas e intelectualmente verificables: no sólo métodos propios de la historia, también las múltiples ramas de la filología, los métodos literarios, de la sociología, y otros como los mencionados en *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*. Los métodos críticos estudian también la forma final de los textos, tal como hoy los leemos y los oramos (la Redacción, narrativo, retórico, etc.) o la historia de su interpretación o recepción a lo largo de los siglos.

La distinción entre sentido «teológico» y «espiritual» no me resulta

clara en VD. Podría intuirse que la primera es ante todo una cuestión eclesial y dogmática, y la segunda más personal-comunitaria y experiencial. Sin embargo, en otros momentos, se habla de «espiritual» en el sentido propiamente teológico (verdades de fe, moral, escatología), normal en la patrística. Se emplea una sola vez la expresión «sentido pleno» (§36), sin precisar en qué consiste, o su relación con los otros sentidos. Se agradecería un poco más de claridad aquí, aunque esta quizás deberá ser la tarea de los años venideros, con la búsqueda, bajo la supervisión del Magisterio, de consensos mayores de los que hoy tenemos.

El exegeta católico, nos recuerda VD, deberá preguntarse también por los contenidos teológicos de un pasaje en el conjunto de la teología bíblica, o de las diversas teologías bíblicas. Podrá estudiar también la interpretación que de este texto se ha hecho a lo largo de los siglos en la teología y en el Magisterio. Pero me parece algo excesiva la afirmación (tomada de IBI, III,C,1) de que la meta de la exégesis es el valor personal y comunitario de los textos, su valor actual (§33), si este se entiende con el sentido más experiencial de «espiritual». El exegeta podrá quizás ofrecer sugerencias para compren-

der hoy los textos, pero esta es labor de cada creyente (incluido el propio exegeta, pero como testimonio personal), y de los pastores que leen y explican un texto en una comunidad concreta.

Expresamente, siguiendo la DV y DAS, se afirma que el sentido literal tiene «alcance teológico», al tiempo que es pertinente al campo de la ciencia exegética la determinación del sentido espiritual (§33). Sin embargo, en su invitación a «trascender la letra» (§38), podría dar la impresión de que el valor teológico o espiritual de los textos está más allá del sentido literal. Creo que la VD correctamente entiende este «trascender» no como dejar atrás el sentido literal, sino implicar en la lectura al sujeto que lee y ora, a la Iglesia que ha leído y orado este texto, y al conjunto de la Escritura. La VD recoge lo ya expresado por el Pontífice en su intervención del catorce de octubre en el aula sinodal: a la metodología histórico-crítica le debe acompañar, o seguir, un estudio de su dimensión teológica (§34) que recoja los tres criterios de la DV 12. Se asume así la postura, que ya el Papa expresó en su intervención Sinodal, de ver en DV 12 dos niveles distintos de verdad (la histórica y la salvífica; o la letra y el espíritu), estableciendo consecuentemente dos niveles

de estudio de la Biblia (§35), que a pesar de la insistencia en que no están ni separados, ni contrapuestos ni yuxtapuestos (§35), sino «en reciprocidad», en la medida que se insiste en los dos niveles y dos procesos metodológicos distintos, parece apuntarse a dos ámbitos distintos, privando así al sentido literal de su riqueza teológica.

En la VD, el acento se pone tanto en la apropiación eclesial de los textos y en la lectura teológico-espiritual como meta de la exégesis, que es difícil sustraerse a la impresión de que el sentido literal de los textos ha perdido, en sí mismo, cierto valor teológico y espiritual. De hecho, cuando se emplea la terminología patrística de los cuatro sentidos de la Escritura, el sentido espiritual es interpretado como aquel que aúna los sentidos alegórico, moral y anagógico, privando por tanto al sentido literal de los mismos tres sentidos. Sin embargo, los métodos críticos se preguntan también por la relevancia teológica, moral y espiritual de un texto en su contexto primero, en la intención del autor inspirado, en los oídos de los que acogieron esta Palabra por primera vez⁸.

⁸ Cf. W. A. MEEKS, *Why study the New Testament?*: NTS 51 (2005) 155-170, 166. Cita R. Aguirre [*Reflexiones sobre exégesis crítica, hermenéutica y teología*: Iglesia Viva 236 (2009) 23-54, 24-25] la afirmación

Sólo esta mirada puede hacer traducible y aplicable aquellos textos al presente. El sentido espiritual es ante todo el que un texto tuvo cuando fue pronunciado o escrito. Esto vale para el AT, pero con mucha más razón para el NT⁹. Por otro lado, todo texto está abierto a relecturas posteriores, y la particular inspiración de la Sagrada Escritura exprime al máximo, gracias a la encarnación, esta realidad de todo texto. Este es un campo donde la teología y la exégesis deben aún profundizar, en diálogo

del gran exegeta católico J. A. Fitzmyer (en *The Interpretation of Scripture. In Defense of the Historical-Critical Method*, New York, 2008): «Este dístico medieval [Littera gesta docet / quid credas allegoria / moralis quid agas / quid speres anagogia...], que muchos citan aprobando, es problemático, porque afirma que la *littera* o sentido literal no tendría nada que ver con la fe. Asombrosamente dice, más bien, que la fe cristiana tiene que ser regida por el sentido alegórico de la Escritura: *quid credas allegoria*».

⁹ Así, *La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, II,B,2; V. Mannucci, afirma que «el sentido teológico-espiritual de la Escritura, pretendido por Dios, es ante todo el significado pretendido y expresado por el autor humano, es decir, el sentido literal del texto» (*La Biblia como Palabra de Dios*, Bilbao, 1988, 313). Tomás de Aquino había escrito que «nada necesario para la fe se contiene en el sentido espiritual que no aparezca en algún otro lugar en el sentido literal» (*Summa Theologica*, 1.1.10).

con las ciencias del lenguaje la literatura. Es posible que la distinción de los tres o cuatro sentidos propia de Orígenes o San Agustín deba reformularse para adecuarla a la ciencia hermenéutica contemporánea y para que sea realmente útil para la práctica exegética o la lectura orante (*lectio divina*) de la Escritura. Necesitamos como Iglesia precisar mejor tanto los conceptos como el valor y la relación entre la historia y la salvación, entre la letra y el espíritu.

El Concilio estableció que los seres humanos que redactaron la Escritura fueron «verdaderos autores», que escribieron «usando de sus propias facultades y medios», y que en ellos obrando Dios, escribieron «todo y sólo lo que Él quería» (DV 11). Cuando la VD habla de la autoría humana de la Escritura (§19), no emplea la expresión «verdaderos autores» para los autores humanos de la Biblia, y en ese sentido se queda corta la formulación de la VD §19: «De ese modo, se reconoce toda la importancia del autor humano, que ha escrito los textos inspirados y, al mismo tiempo, a Dios como el verdadero autor».

Dado que el acento está más bien en el valor eclesial de la Escritura, se produce, a mi entender, un aprecio excesivamente pequeño de la lectura que un científico no

creyente, o un creyente de otras religiones, hace de la misma. Un buen conocedor del mundo de los textos bíblicos, de las lenguas originales, de los textos literarios y religiosos con los que está claramente emparentado, está imbuido de una afinidad grande al texto bíblico, y le convierte en un lector o lectora apropiado y rico de la Escritura. Su interpretación puede ser vista desde la Iglesia como «preliminar», pero no lo es desde una perspectiva neutral. En ese sentido, convertir al creyente católico en el lector idóneo de la Escritura puede hacernos perder de vista que:

- a) muchos textos Bíblicos fueron compuestos y destinados, en la «letra», para otros, como los israelitas; la relación entre aquellos destinatarios originales, y la «tipología» que permite a los cristianos identificarse como destinatarios, por ejemplo, del AT requiere un equilibrio constante entre ambos planos.
- b) Los textos bíblicos, especialmente el NT, pero también muchos del AT, pretenden ser anuncios de salvación precisamente para los no creyentes; el Evangelio es ante todo proclamación para suscitar la fe y la conversión en los que no creen. Sería paradójico pensar que sólo un creyente puede recibir y

entender este anuncio. Un medio precisamente de fomentar el que la Escritura influya y transforme las culturas es alentar el que sea leída, recibida e interpretada más allá de las fronteras visibles de la Iglesia¹⁰.

- c) La VD lo dice con claridad, y conviene recordarlo: cualquier lectura «espiritual» que olvide el estudio y atención al sentido «literal», o incluso lo contradiga, corre el riesgo de estar infundada, ser fundamentalista, subjetivista, y por tanto falsa.

Benedicto XVI tiene en alta estima lo que se llama «exégesis canónica», aunque en la VD es mencionada explícitamente sólo en una ocasión (§34), repitiendo el texto de la *Relatio ante Disceptationem*¹¹.

¹⁰ Cf. H. SIMIAN-YOFRE, *La evolución de la lectura de los libros proféticos: Estudios Eclesiásticos* 333 (2010), 259-284, esp. 282-284; C. GIL ARBIOL, *La Biblia y el mundo del siglo XXI: Iglesia Viva* 236 (2009) 9-22, esp. 18-22.

¹¹ Durante el Sínodo, el «enfoque canónico» fue presentado en la *Relación anterior a la discusión (Relatio ante disceptatione)*, por el relator general el cardenal Marc Oullet. Este texto, que sin duda guió los trabajos del Sínodo y es recogido en muchos pasajes de la VD, tuvo quizás como principal inspirador al mismo Benedicto XVI. En él, se cita expresamente su libro sobre *Jesús de Nazaret* donde se promueve la exégesis canónica. La exégesis canónica fue recomen-

Sin embargo, tanto desde el punto de vista teórico, como en sus resultados concretos, dicho acercamiento (así lo llama IBI I,C,1) están aún lejos de haber obtenido un reconocimiento amplio en el mundo exegético¹². Es preciso aún dar tiempo y años de trabajo para ver la fecundidad real de esta propuesta.

La exégesis de los Padres de la Iglesia, fundamentalmente de tipo alegórico o tipológico, es valorada extraordinariamente en la VD. Es indiscutible su belleza y valor teológico, y muchas veces también exegético, pero no debemos olvidar el aviso de los excesos en que puede caer, que encontrábamos en IBI II,B,2, remitiéndose a DAS: «los exegetas antiguos se esforzaban por encontrar un sentido espi-

— dada también por el Pontífice en su intervención. No fue mencionada, sin embargo, en las proposiciones finales.

¹² Cf. F. RAMÍREZ FUEYO, *¿Cómo interpretar el texto bíblico?*, 356-364; R. AGUIRRE MONASTERIO, *Reflexiones sobre exégesis crítica*, 51-52; H. SIMIAN-YOFRE, *La evolución de la lectura de los libros proféticos*, 274-282; P. ASTORGA GUERRA, *Meditar la Torah en la historia y la historia desde la Torah. Jesús, el hombre dichoso e Hijo de Dios. Sal 1 y 2 desde una lectura intertextual-canónica (I)*: Estudios Eclesiásticos 328 (2009) 3-40; *IBID.*, *Jesús, el hombre dichoso e Hijo de Dios. Sal 1 y 2 desde una lectura intertextual-canónica (II)*: Estudios Eclesiásticos 329 (2009) 309-336.

ritual en los menores detalles de los textos bíblicos [...] inspirándose en el alegorismo helenístico. La exégesis moderna no puede considerar este tipo de intentos como interpretación válida, no obstante cuál haya podido ser en el pasado su utilidad pastoral».

VD recuerda acertadamente que el Magisterio es garante y vigilante de la exégesis (§32.33.34). De cara al futuro, se podría también estudiar los diversos modos como los resultados de la exégesis son recibidos por el Magisterio. Debería evitarse, por ejemplo, un uso de pasajes bíblicos concretos que se aleje excesivamente de su sentido literal¹³. ¿No sería también recomendable que la Pontificia Comisión Bíblica ocupara un lugar de mayor relevancia dentro del Magisterio, y pudiera ser una de esas instancias que hicieran visible y efectivo el principio de que el «Magisterio, evidentemente, no está sobre la palabra de Dios, sino que la sirve» (DV 10)?

El documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* trataba otro ti-

¹³ Con ello concordaba la Pontificia Comisión Bíblica: «A causa de su orientación especulativa y sistemática, la teología ha cedido con frecuencia a la tentación de considerar la Biblia como un depósito de *dicta probantia*, destinados a confirmar las tesis doctrinales» (IBI III,D,4).

po de lecturas personales y comunitarias de la Escritura, como las lecturas populares o liberacionistas que se dan en muchas comunidades eclesiales, especialmente en países latinoamericanos y africanos, u otro tipo de acercamientos, como el «feminista» o «de género»¹⁴. El que la VD no los mencione no debe ser interpretado como un rechazo de los mismos. Antes bien, en la medida en que contribuyen a alentar el papel de los pobres, o de las mujeres, como sujetos de la evangelización y del cambio eclesial y social, se hacen necesarios dentro del compromiso

¹⁴ I.D: acercamientos por las ciencias humanas: sociológico, antropología cultural, psicológico, psicoanalítico; I,E: acercamientos contextuales: liberacionista, feminista.

por la justicia al que se nos invita en §100.

Conclusión

La DV es fundamentalmente una llamada eclesial a recuperar la Biblia como lugar de encuentro con Cristo, la Palabra de Dios que habita en la Iglesia y habla a cada ser humano; y regala, a quien la recibe, la vida, la alegría y la paz verdadera. Esta llamada toca a cada miembro de la Iglesia en su lugar y responsabilidad concreta. Es un magnífico camino de profundización en la fe y de auténtica evangelización y renovación eclesial. Es también una oportunidad para renovar el camino ecuménico y el diálogo con otras religiones. ■